

número

número

2da. EPOCA AÑO 1 N.º 1

MONTEVIDEO

ABRIL - JUNIO 1963

LIBRERIA ALFA

CIUDADELA 1389

NUMERO 2da. Epoca Año 1 N.º 1 Abril - Junio 1963

EXAMEN DE CONCIENCIA, por Juan Goytisolo.
POEMAS de Idea Vilariño y Mario Benedetti.
PALOMA, cuento de Carlos Martínez Moreno. EN-
SAYOS de Arturo Ardao, Emir Rodríguez Monegal,
Mario Benedetti y Celina Rolleri López. TESTIMO-
NIOS de José Bianco y Carlos Martínez Moreno.

CUATRO SKETCHES DE PINTER

número

Montevideo, abril-junio 1963

2ª época Año 1 N° 1

SUMARIO

	pág.
PROLOGO	3
JUAN GOYTISOLO: <i>Examen de conciencia</i>	5
IDEA VILARIÑO: <i>Pobre mundo</i>	17
CARLOS MARTINEZ MORENO: <i>Paloma</i>	18
HAROLD PINTER: <i>Cuatro sketches</i>	32
ARTURO ARDAO: <i>Filosofía americana y filosofía de lo americano</i>	43
MARIO BENEDETTI: <i>Dos poemas</i>	49
NOTAS	
EMIR RODRIGUEZ MONEGAL: <i>Encuentros con Parra</i>	56
MARIO BENEDETTI: <i>Parra descubre su realidad</i>	65
TESTIMONIOS	
JOSE BIANCO: <i>El otro Quiroga</i>	75
CARLOS MARTINEZ MORENO: <i>Despedida a Latcham</i>	77
CRONICAS	
CELINA ROLLERI LOPEZ: <i>El Premio Blanes</i>	84
RESEÑAS	
EMIR RODRIGUEZ MONEGAL: <i>Antología del cuento uruguayo contemporáneo, de Arturo Sergio Visca; Tres libros de J. D. Salinger</i>	88

Emecé
TALLERES GRAFICOS

quina en que se hacía "el marcaje"; las mantenían tomadas de la quilla y sometían sus patas, acartuchadas y rojas, a la argolla gris de plástico y al tubo numerado. Las iban deslizado una a una, decían en voz alta el número de las cápsulas que utilizaban; y también ese recuento se iba asentando en la planilla. La operación era rápida, ingravida, y al cabo de ella la misma mano echaba el pichón, que tímidamente parecía existir como el conato de un pensamiento de victoria, a la jaula cuya puerta retráctil chasqueaba al cerrarse. La mano conservaba todavía por un instante su ondulación desconcertada, un balanceo trémulo, como si las puntas de los dedos devolvieran el ansia con que cada criador apacentaba el acto de fichar y librar su paloma.

Brígido siempre había visto como un fetiche —sentía ahora latir el suyo, lo tocaba con un movimiento receloso, para cerciorarse de que permanecía y funcionaba en su sitio— aquel reloj ciego que el club alquilaba, en la noche del sábado, a cada uno de los que *corrían*. Era un rechoncho aparato sin esfera, misterioso y casi visceral, que existía de una manera indescifrable y segura; por su única ranura había que introducir, apenas extraída de la pata de la paloma que regresaba, la cápsula con su número; y esa entrada imprimía la hora del retorno. Vueltos al club, la noche del domingo, el comisario de la carrera alineaba a todos, cada uno con el reloj ciego palpitándole en la mano que palpitaba. Los prevenía y, a una palmada, debían oprimir un botón que, del lado opuesto a la ranura, estampaba otra pautita de tiempo. Ella permitía acompasar los relojes, precisar las diferencias sutiles del que adelantaba o atrasaba, sincronizarlos. Nivelados así los datos, se pasaba a calcular las compensaciones: el palomar de Carrasco tenía tantos minutos de favor, el de la Unión tantos otros. Era lo que se llamaba, burocráticamente, "hacer las bonificaciones". Los mismos rostros, gastados por la comezón de la jornada, semibarbudos y enrojecidos de sol, acosada la lumbre de los ojos en los bolsos flácidos de las ojeras que envejecían, se volcaban entonces a la verificación de esos descuentos, ya que de aquella zarabanda de números —más que del vuelo en sí— habría por fin de levantarse el

triunfo. Pero apenas venida, esa evidencia sólo insuflaba —en el cansancio de todos— una opaca, desvanecida y conturbada sonrisa. Tan pobre era, al fin de cuentas, la plenitud final de la conquista, tras los días y meses que la habían atesorado, alimentado y descreído.

Por el ventanillo de la cocina, apareció de súbito la cabeza desgredada de Elisa; la edad crítica había terminado de averiar su humor y le había hecho perder, en la vida doméstica, todo último rastro de coquetería, toda apariencia de aliño.

—Por lo visto, tampoco hoy saldremos —dijo hostilmente, y alzó los ojos, como si esperara la respuesta del pedazo de cielo vacío que divisaba desde el recuadro— Sí, ya lo sé: ¡hay carreras!

—Es la primera del año, corrigió Brígido.

—Y las otras de estos domingos, ¿qué eran?

—Vareos —insistió él, imperturbablemente.

—¡Vaya una diferencia! —replicó la voz, que ya se retiraba.

No se la veía, pero se hablaba a sí misma cuando articuló, fría y audiblemente:

—Las palomas, ¡tus famosas palomas!

Famoso, famosas: uno de sus adjetivos predilectos, en los que seguía poniendo mayor suma de desdén.

Brígido asió el termo con una mano y con la otra allegó el mate, que cabeceaba con la bombilla vacilante, bajo aquella mirada perpleja, que parecía considerarlo por vez primera.

En el reproche de cada tarde de sol que *desperdiciaban* con el Wyllis en el garaje —como si la disponibilidad del automóvil fuera una promesa de diversiones vacantes— él asistía ahora a otra ilustración del mismo y viejo resentimiento: ni hijos, ni dinero, ni gloria.

Y pensaba que él tenía también un término que agregar al rosario: ni bienquerencia. La comprensión fiada al tiempo no había llegado, y en su sitio había cuajado una desapacible extrañeza, la fruta de un crecimiento hurafío, que los enajenaba imponderablemente, como si cada mañana amanecieran más distantes uno del otro, más des-

conocidos sobre la misma almohada. Recordaba sus años de funcionario en la frontera, los que ella llamaba "los años de tu vesícula biliar", segura de que la enfermedad y el tratamiento los habían marcado más a fondo que cualquier forma posible del entendimiento y la dicha. Su primera visión de cada día era entonces una cuchara enorme cerca de su ojo izquierdo, una cuchara llena de líquido oleaginoso y desde más atrás la cabeza desmadejada que lo había despertado (entonces se recomponía al levantarse, pero ya hoy quedaba flotando con sus mechones blancos, lanzando unas mejillas hundidas, a lo largo de toda la jornada) y le espetaba sin cariño:

—Tu famoso Amerol. Ya son las seis.

Debía tomarlo una hora antes de levantarse; tomarlo y acostarse sobre el lado derecho, para que el remedio hiciera efecto.

Como manera de vengarse, él había bautizado con las mismas palabras —"tu famoso Amerol"— el viejo disco que ella solía poner por las noches, las puertas de la celosía abiertas hacia el patio, mientras se balanceaba en el sillón de hamaca —abanicándose quedamente, en medio a un halo de calor inmóvil— y se sentía envolver y penetrar, hasta la somnolencia, por el aliento dulzarrón del jazminero y por la aquerenciada melodía.

*Allá en la noche callada,
para que se oiga mejor,
ámame mucho, que así amo yo.*

Parecía que a través del silencio de la noche, ella quisiera comunicarse con alguien, en una relación que a él mismo, sentado en pijama y haciendo pender flojamente las zapatillas sobre el escalón del patio, a un tiempo lo dejaba ileso y lo excluía. Acaso intentara comunicarse remotamente con alguien y el canto expresara su insatisfacción por la vida en aquel pueblo mediterráneo, su aislamiento, su soledad, la vasta sensación del tiempo perdido.

En esa quietud bochornosa, bajo el aura sofocante de los jazmines y hacia el centro distante de otra noche y otra ambición, Gardel y Razzano cantaban, mordiendo las palabras en grupitos de sílabas caprichosas, para recargar en algo el mis-

terio trivial en que ella se dejaba mecer por aquel disco que nunca la empalagaba:

*Allá en la noche callá-da
para que se óiga mejóhor
amamemú-choqueá-siá-moyó.*

Al cabo del tiempo que rascó y escarbó en el corazón del ansioso mensaje —la púa primero siseaba y luego ya garuaba sobre la voz mitológica— ¿alguien la había escuchado, alguien había acudido a su cada vez menor fe, a su cada vez mayor sueño y desaliento y abotagada carnalidad senil en los párpados?

"Tu famoso Amerol" era de un efecto infalible: siempre la había irritado esta identificación del amor romántico con un colágeno.

Postergó muchas veces el instante de enjuiciarse, pero hoy sabía con claridad que, al final de su vida, sólo había aspirado a la paz, a un buen coeficiente jubilatorio y al beneficio de retiro. Las primeras tardes, al volver de la Caja, mientras el trámite avanzaba apenas en su laberinto de archivos, mesas, barandas, despachos y oficinas, Elisa y él habían extendido sobre la mesa del comedor los prospectos de las agencias de turismo, los mapas de campiñas y ciudades fabulosas, destinadas a recapitular la vida de quienes las acataban sin conocerlas; y habían discutido y retocado su itinerario de Europa, que corría sobre las huellas de los amigos o divergía de ellas, con la misma azarosa conjetura del Camino Mejor.

La mesa de Liquidaciones y el pase a Jurídica habían ido matando insensiblemente aquella ilusión, entregada por demasiado tiempo. Y Europa se había convertido, a compensatorias partes iguales, en "mejoras para la casa" y en la construcción del palomar "científico", con sus nidales, perchas y bebederos; "mi biblioteca y mi bodega", como solía decir Brígido, excusándose por no tener otras extravagancias más imaginativas o costosas.

El viento soplaba ahora con fuerza: podían llegar antes de las cuatro. Volvió el termo y el mate a su sitio y empujó la estrecha puerta lateral que conducía al garaje. El Wyllis no salía desde el domingo pasado, y cada vez costaba más ponerlo

en marcha. El minuto que importaba era el de marcar el reloj, pero él tenía la impaciencia de partir tan pronto como lo cumplía; las puertas del galpón lo aguardaban abiertas, y el viejo motor trepidaba por primera vez, zumbando en aquella caja de zinc que lo magnificaba, una buena media hora antes de que la paloma apareciese.

Antes del palomar fueron las cajas de té, y pensaba en ellas como en su pelo negro y en su juventud, como en el siniestro cloqueo de felicidad que dejaba en su oído una Elisa hoy ya muerta y entonces recién satisfecha.

“Antes del palomar fueron las cajas de té”, empezaba a narrar su Génesis privado. El mismo Wyllis no golpeaba entonces con este horrible latido de válvulas claudicantes. “El mundo era más joven pero la cruz no era ni sombra de lo buena que es ahora”. Y esta última evidencia le devolvía un brillo anegado en los años, un reflejo que en otros pozos se había inclinado a perseguir en vano.

“La cruz no era entonces ni sombra de lo que ha llegado a ser hoy”, y la paloma que estaba planeando —seguramente muy cerca— era el apogeo de esa cruz. Hundió el pie en la acelerada final y apagó aquel lamentable infierno de resuellos. “Vamos los dos para viejos”, bromeó mentalmente consigo mismo y con el Wyllis, pensándose junto a él en pareja inseparable, porque estaba de buen humor, con la cruz que todos le envidiaban y el maravilloso animal que sentía cada vez más próximo, navegando en la veta de aire que venía a morir a su mano.

Había apuntado el día de la primera victoria en la caja fundadora de Té Tigre, donde cupieron las palomas iniciales. El tiempo había tatuado después otras fechas, pero el tiempo había traído también más y más competidores; y a pesar de los manuales, de las dietas, de las refinaciones de sangre, ganar una vez al año pasó a ser ya mucho; y ganar el Premio de Apertura, un acontecimiento. *En la ciudad de un millón de habitantes hay ya más de cien locos que crían palomas.* Y Brígido no ganaba desde hacía cinco años.

Salió otra vez al aire flameante, y ahora ligeramente nuboso, de la tarde dominical de siempre, esa tarde que se inflaba en una larga metá-

fora maternal, como si supiera que él podía ayudarla a alumbrar un pichón insondablemente surgido de sus entrañas.

En el vacío indoloro patinó de pronto una voz gangosa, jadeante y confianzuda: *Danubio se merecía este empuje, mis amigos.* La estrangularon sin dejarla explicarse.

“...Mis amigos”. El adiós de la Oficina estaba ya enmarcado en el comedor, y allí flotaba su cara entre otras que jamás volvería a ver juntas. Caras sonrientes, botellas enfiladas y firmas en las orillas. Las despedidas de soltero, los jubileos y los entierros tienen esa condición irreversible. Pero sus actividades de colombicultor —así decía el diploma que enfrentaba a las tias y alegres muecas de los ex compañeros— le habían traído nuevas vinculaciones, imprevisibles conocimientos, otra ventana al mundo.

Por esa ventana aparecía todos los jueves la tez aindiada, redonda y pacífica de Juan Crisólogo Colla. Apenas cuarentón, era ya jubilado como él, y había sido Encargado de Palomares Militares. Lustrado, peinado, con todo el tiempo por delante, Colla se sentaba a hablar interminablemente. Sin relación visible con la desabrida conversación, su boca emitía a menudo una sonrisa de dientes blanquísimos, y entonces Brígido le perdonaba las prolijidades irritantes del relato. Entre cuanto había que escucharle con indulgencia, figuraba la historia de una reclamación que proseguía desde años atrás, para que le concedieran “estado militar”, como lo había tenido su antecesor en los Palomares. Cuando se lo dieran, iniciaría el trámite para modificar la pequeña asignación del retiro. La certidumbre de que había todavía años de pleito en su futuro, parecía entibiar en un goce luciente y moderado aquel cuerpo que se removía entre los brazos del sillón, parecía darle una razón de vivir que nunca hubiera estado entre los brazos del amor.

Brígido oía mencionar como amortiguadas celebridades familiares —sin haberlos visto nunca— al Procurador de la Contaduría que había prometido informar favorablemente, al asesor del Ministerio que no comprendía el asunto, al Fiscal de Gobierno que recibía a Colla en mangas de camisa y lo hacía sentarse frente a él, con la

bondad demostrativa de dejarlo explicar una vez más la cuestión. Y Colla llevaba un falso expediente en el que esos informes estaban recogidos a la letra, renglón por renglón, y las palabras se cortaban, proseguían y daban vuelta al reverso de cada foja exactamente a la altura en que lo hacían en el original. Los mismos sellos y rúbricas de las distintas dependencias estaban dibujados en los sitios precisos, y todo aquello —con triste simulación— parodiaba la vida.

Brígido le ofrecía de beber, enumerando alcoholes que aquellos labios vírgenes se prohibían sin tentación alguna, sabiendo de antemano que acabarían pidiendo “una maltita”.

Entibiaba el vaso en la mano, porque el frío del líquido lo había hecho una vez desvanecerse, con un espasmo a la garganta, y lo habían dado momentáneamente por muerto. Sus grandes ojos boyunos se habían desorbitado entonces como nunca. Y cuando todavía quedaba un resto de Malta en la botella, la depositaba en el suelo, desentendiéndose, y se ponía a mirar las palomas y a hablar de ellas.

Sabía mucho, pensaba Brígido. Tenía la colección de *Racing Pigeon*, y aunque no leía inglés, repetía de memoria —como los dictámenes del expediente— las notas de Squills, que se había hecho traducir un día por su amigo, un Mayor del Ejército que había seguido cursos de adiestramiento en los Estados Unidos.

A veces traía bajo el brazo revistas o libros colombófilos, y era mejor que verlo aparecer con el reclamo de su grado de capitán.

Mansamente hablaba de las ventajas del sistema de “viudez integral” para los machos, y al oírlo Brígido no podía evitar la cómica sensación zoológica de que aquélla era una alabanza autobiográfica, una ponderación vergonzante de la propia castidad.

Como si tuvieran un acento críptico de rito o de poema, leía las frases subrayadas de los manuales que —aún en el retiro— atesoraba bajo su firma gótica. “La paloma que al despertarse es dura y ligera en las manos, cuyo plumaje está apretado, aterciopelado y empolvado, cuyos ojos tienen un destello brillante, es un ejemplar en el que se puede creer”.

Los plácidos ojos se elevaban de la página beatíficamente, con un destello menos agresivo que el de la buena paloma, como si aquella sensación matinal compensara las carencias de la virilidad, como si la tibieza de la paloma y de la Malta fueran sustituciones aceptadas y la vida alentara también en esas pequeñas glorias clandestinas, que difundían por el extenso cuerpo, ocioso y vacante, una confortación apaciguada, la única que soportaban sus sentidos.

—Entre nosotros no se le da importancia, pero ha sido la pasión de los grandes hombres —decía. ¿Usted sabe, por ejemplo, que Darwin fue varias veces Presidente de las sociedades colombófilas de Londres, y lo recuerda con orgullo en “El Origen de las Especies”?

Brígido nunca había leído “El Origen de las Especies”, y tampoco creía que Colla lo hubiera hecho. Pero *Racing Pigeon* contaba seguramente muchas cosas.

—En el siglo XVII —explicaba—, se incendió toda una parte de Londres. Y las palomas eran más fieles a sus casas que los mismos dueños. Se quedaban quietas en los techos, hasta el final. Y cuando se decidían a volar se les quemaban las alas y caían al fuego.

Miraba con un aire de suficiencia, como si aquello lo supiera por Darwin.

—Un tal Pepys lo cuenta —añadía.

Un día apareció con una horrible alegoría a carbonilla y se la regaló. Darwin estaba de pie, con su cabeza noble, la gran barba congelada y un levitón oscuro. Estaba de pie y tenía una paloma resplandeciente en la mano derecha.

Se veía que la cabeza había sido tomada de algún grabado —“con un pantógrafo”, confesó— pero el resto lo había imaginado por su cuenta. Y había trazado un cuerpo oblongo y adenoidal como el suyo, enfundado penosamente en una veste indefinida y turbia. La paloma se encendía en la diestra circuida de rayos, como un fanal de la cursilería.

Brígido guardaba el cuadrito tras el aparador y lo sacaba el jueves a primera hora, a la espera de la visita puntual del dibujante, regimentado y minucioso hasta para perder el tiempo.

—Pero usted ha descolgado el banquete que le dieron— protestaba Colla, tenuemente halagado. ¡Es injusto!

Y el banquete volvía a subirse a la pared el mismo jueves por la noche, cuando bajaba Darwin.

No podría decir si vio o presintió la paloma en el cielo, dejándose caer en las rachas de viento y planeando por encima de su cabeza. Miró el reloj en su muñeca. Eran las cuatro menos cuarto, tenía que haber hecho una carrera estupenda. Estaba sobre el palomar y volvía a planear, como si toda su embriaguez de aire aun no le bastara.

¡Tenía que bajar en seguida, eran segundos preciosos! Pero la vio remontarse y dar un nuevo volteo, en círculos que no se estrechaban.

¡Tenía que bajar, tenía que bajar! Lanzar una paloma al vuelo era echar una botella al mar, buscarse en un mundo desconocido y receloso. ¡Y ahora estaba aquí, ahora volvía para distraerse planeando!

Corrió entonces a la despensa y volvió tocado con su gorra marinera (“la gorra de almirante”, como le llamaba sarcásticamente Elisa) porque era la que se ponía para darles la ración, y aquello las hacía venir desde el cielo o descolgarse de las perchas, dentro de las jaulas. Sintió un cloqueo inquieto, el restallar de los vuelos cortos en el interior de los palomares, pero la paloma seguía en lo alto, embebecida, ensimismada, fija en las rachas del viento o dejándose caer sobre el filo de un ala, para retomar altura, como si todo su ser, insensible a cuanto sucedía abajo, sólo estuviera en la quilla que hendía aquel azul estriado, nuboso.

Trémulo, corriendo de un extremo a otro del angosto patio, y levantando en sus corridas el aletear sordo de los pichones encerrados, Brígido se puso a sacudir la gorra, en enormes, patéticos saludos, en ademanes desaforados y violentamente ceremoniosos, como un bufo del viejo cine. ¡Nada! La paloma seguía grabando anillos en el cielo, indiferente, desconocida, impregnada de un sol que sólo estaba en sus alas y no ya en el espacio confinado en que Brígido batía la gorra, allí donde

la tarde empezaba a empañarse con un aliento estropeado y sucio.

¡Tenía que bajar de cualquier modo, eran minutos preciosos!, se atropellaba a pensar febrilmente, sin discurrir el modo.

Sobre uno de los jaulones estaba la caña con que solía agruparlas para que comieran en sus sitios, y también se puso a blandirla, mientras la gorra, ladeada y casi insostenible, se mantenía por un momento en la cabeza que seguía bullendo soluciones.

Tanteó en el bolsillo, mientras seguía corriendo el tiempo del reloj, y extrajo el silbato; era un alerta al que siempre obedecían. Se dio a resoplar en él desafinada, aturdida, desgarradoramente a través del aire aterido.

Insensible, majestuosa, relampagueante en los trechos de luz y asordada en los fondos de nubes, inasible, la paloma no parecía escucharlo. Tocó y tocó, rayó la tarde a pitadas de rebato, desinfló como fuelles unos pulmones que sólo jadeaban angustia.

Menos ajeno que el vuelo de la paloma, el rostro de Elisa tornó a surgir en el ventanillo, con la desordenada sorpresa de una cabeza de resorte en su caja. Las mechas blancas y los pómulos desolados prohicieron una risa atolondrada, que simpatizaba con el ridículo de la situación.

—Te está haciendo perder la carrera sobre la propia crisma —vociferó con indiscernible aspe-reza—. ¡Esto es el colmo!

—¡Por favor! —gritó Brígido, con un gesto que pedía algo, excitada y tensamente, sin dar con el nombre—. ¡Por favor! —y sus manos dibujaron en el aire una forma larga, en el mismo ademán con que habían esgrimido la caña que ahora crujía bajo sus pies, en el suelo—. ¡Por favor, rápido!

Pero como Elisa jamás entendía, como Elisa jamás sabía lo que barbotaba en su gesto si no estaba también en sus palabras, y como no podía dar con ellas, resollante y desbaratado, abominó de esa cara que pedía explicaciones y corrió hacia adentro. La gorra de almirante, precariamente instalada sobre aquel rostro que se descomponía, rodó por el suelo, atravesando con un claror fu-

gaz el rayo de luz que venía a morir al pie de los nidales.

¡Tenía que bajar, era el Premio Apertura, era la consagración esperada, era la justificación de todo, por los años de los años! ¡Tenía que bajar, su mejor producto, el apogeo de la cruz!

Volvió corriendo al patio y la vio suspendida, insensible, como si alguien la mantuviera izada al cabo de un hilo, mansa e inalcanzable cometa, encima mismo de su llegada. Sin perder tiempo, fiándose a un pulso que las agitaciones aun no habían averiado, se echó el winchester a la cara y tiró.

Cuando se oyó el chasquido también la paloma plegaba las alas y se dejaba venir. Se dejaba venir resplandeciente en la tarde, como si bajara por una escala del cielo, como si cayera de la mano de Darwin. Opacamente, el cuerpo golpeó sobre la techumbre más alta del palomar y se escurrió tras él, entre el revés de listones blancos y la pared lintera.

—¡Estás loco, estás loco! —volvió a oirse preferir a Elisa, que había callado el espacio justo para que cupiera en el patio la limpidez seca del estampido.

Dejó el winchester a un lado, tomó la caña y gateando —en cuatro pies— la hizo correr por el resquicio, entre la base del palomar y el piso, hasta que por allí trajo a rastras la paloma, cálida y ensangrentada. . . . *Cien locos que crían palomas, pero uno solo que las cría y las mata, ¡uno solo que las cría y las mata!*

—¡Por el amor de Dios, Brígido! —exclamó Elisa, que nunca lo invocaba—. ¿Qué estás haciendo?

Sintió la humedad caliente de la sangre en la mano mientras, con movimiento veloz, quitaba la cápsula de la pata, agarrotada y retraída bajo el ala; y así, desde el polvo, entre la gorra caída, el arma a un lado y los gritos de la mujer, se alzó de rodillas, aturdido y crispado, *¡por el amor de Dios!*, y tomando el reloj ciego embutió en él la cápsula.

Hermoso animal —articuló la exaltación dentro de él, con un hálito furioso y maligno—. *Hermoso*

y estúpido animal, si gano esta carrera te embalsamo.

Se puso de pie y echó a correr hacia el auto. Rígida —*dura y ligera*— la paloma quedó alumbrando una esquina precozmente borrosa de la tarde, la pluma abierta y el cuajarón espléndido, sobre el piso de baldosas oscuras.